

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, ENERO 1º DE 1874.

{ NUM. 51.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LA PEQUEÑA BIBLIOTECA VIVA.

Si hay un defecto que al mismo tiempo que nos ridiculiza, nos atrae tambien enemigos irreconciliables, es la pedantería. No hay cosa en el mundo tan molesta ni perjudicial, como esa manía de citar á cada paso, esa pretension de saberlo todo, y ese chocante hábito de cortar en todo, y de erigirse en censor de las nuevas producciones, sea de artes, sea de literatura. Si este defecto desagrada en los hombres aun mas instruidos, se hace insufrible é irritante en una mujer: destruye su modestia, altera su ánimo, vicia su dulzura, y la lleva insensiblemente á un énfasis é hinchazon que la hacen el ludibrio de todos los legítimos sábios, el juguete y azote de la sociedad humana. Melanfa, hija de M. de Saint Lambert, literato conocido por varias obras coronadas de algun buen éxito, estaba dotada de la mas asombrosa memoria. Le bastaba leer dos ó tres veces un libro para citar sus mas difíciles pasajes, indicar la página que los contenia, y señalar sus erratas. No necesitaba mas que recorrer una histo-

ria, un curso de estudios, ó tratado científico, para recordárselos con puntualidad. Cuando iba á la comedia, repetía al entrar en casa de su padre multitud de versos y pasajes enteros. Si asistia á una sesión académica, analizaba con una facilidad pasmosa cuanto se habia leído, dicho y controvertido. Melanfa, en una palabra, aunque muy jóven todavía, era una especie de pequeña biblioteca viva, que rara vez se hallaba defectuosa, y que por mucho tiempo hizo las delicias de su padre. Este, de génio distraido, y falto de memoria á menudo por el demasiado estudio, tenia su mayor complacencia en consultar con su hija sobre tal ó cual época histórica, y este ó aquel pasaje de los autores antiguos y modernos. Se entregaba á esta costumbre con tanto mayor embeleso, cuanto creia que de este modo enriquecía la memoria y formaba el buen gusto de su amada hija.

Melanfa por su parte formaba particular estudio en satisfacer los deseos de su padre, á quien miraba como al primer rival suyo en la carrera literaria. Citaba sus escritos como otras tantas obras maestras; sostenia que no era posible hallar el menor defecto en ellos; y si á veces se hallaba en el teatro al lado de cierto crítico juicioso que reparaba algunas faltas en que habia incurrido M. de Saint Lambert,

y en que el público no habia hecho alto, Melanfa disputaba con calor, defendia que era injusta la crítica, y se propasaba hasta el extremo de tratar de ignorante al sugeto de buen gusto que habia comprado á la entrada la facultad de manifestar su opinion.

Si Melanfa se hubiera ceñido á defender las producciones de su padre, quien reconocia con frecuencia la exactitud de los reparos que habia oido hacer sobre sus obras, y se apresuraba á aprovecharse de ellos, no se hubiera visto en todo ello mas que un arranque propio del amor filial, y el efecto de la obcecacion de una tierna doncella en favor de su padre; pero la sabionda llegaba en su presuncion hasta el punto de querer persuadir que ninguno hacia cosa buena; que todo nuevo buen éxito era el fruto de tramas venales, lo cual no podria consolidarse jamas; y que finalmente, solo las obras de su padre eran capaces de honrar el siglo y conservar la gloria del teatro francés.

Estas ridículas jactancias, que Melanfa cuidaba mucho de no hacer nunca en presencia de su padre, alejaron insensiblemente de este á sus mas íntimos amigos. En balde era conocido su franco y modesto génio; no podian persuadirse de que cuantas reflexiones mordaces hacia Melanfa sobre una nueva

pieza, fuesen efecto de su pedantería y superstición; cada uno creía que ella no hacia mas que repetir los juicios que habia oido pronunciar á su padre; y atribuyendo á este las amargas críticas, en que no era escasa Melanía, le trataban de hombre falso y envidioso; y discurrían que su franqueza y modestia no eran mas que una diestra máscara para encubrir su excesivo amor propio, y el reprehensible deseo de humillar á todos sus rivales.

M. de Saint Lambert estaba muy distante de imaginar que perdía diariamente lo que tenía de mas querido, el aprecio y amistad de los que, como él, cultivaban las letras. No sabia á qué atribuir la tibieza que notaba en ellos, y creyó al principio hallar su origen en el reiterado buen éxito que habia tenido la dicha de lograr. Pero bien pronto reconoció que un motivo oculto y mas poderoso alejaba de su lado á cuantos poco tiempo ántes anhelaban por sus consejos é intimidad. Estando deseoso de vivir en buena correspondencia con sus compañeros, á cuya estimación se juzgaba siempre acreedor, no pudo sobrellevar por mas tiempo su indiferencia, y manifestó sus quejas á muchos de ellos. Los unos persistieron en ocultarle con destreza el verdadero motivo de su desvío; los otros por prudencia ó con miras, aparentaron restituírle toda su antigua amistad: solo uno tuvo el valor de decirle que era Melanía mirada como un eco fiel suyo, quien le enajenaba diariamente todas las voluntades, con criticar sin comedimiento ninguno, y despedazar sin piedad las nuevas composiciones que salían á luz.

Tan asombrado como afligido con semejante descubrimiento M. de Saint Lambert, manifestó duplicado afecto y miramiento al sugeto franco y leal que le habia revelado tan importante misterio. Resolvió destruir la perniciosa propensión de Melanía, pero con destreza, y particularmente huyendo de reconvenirla con el menor cargo. Este literato, que estaba bien penetrado de toda la majestad de su profesion, y que queria cumplir á un mismo tiempo con las sagradas obligaciones de padre y maestro, no se valia nunca de aquellas máximas escolásticas, ni austeras amonestaciones que cansa el ánimo del discípulo y destruyen su confianza. Comenzó, pues, imponiéndose á sí mismo la obligación de no separarse jamas de Melanía, siempre que esta fuese al teatro, ó á cualquiera otra reunion. Allí, estándose siempre al lado de ella, era el primero que aplaudía cuanto era bueno, y que disculpaba cuanto era malo. A poco tiempo infundió en su hija aquella tolerancia que sola ella descubre el ingenio y perfecciona los talentos. Hizo conocer á Melanía que ántes de censurar una obra, han de considerarse las penas y trabajos que ella ha debido costar á su autor, y que con frecuencia la reflexion alaba, y acaba admirando lo que un juicio precipitado habia condenado en la apariéncia á la primera vista.

Un suceso, casi inevitable á todo sugeto que se entrega á la peligrosa carrera del teatro, vino á unir el ejemplo con el precepto, y dar por la primera vez á Melanía una prueba convincente de que el hombre mas experimentado puede extraviarse en su rumbo, y que nadie es infalible.

M. de Saint Lambert estaba en vísperas de hacer representar en el Teatro Francés una obra en verso de cinco actos, con fundadas esperanzas de un buen éxito, y que le daría el mejor derecho de la celebridad. Era una comedia de figuron, en que habia agotado todos los esfuerzos de su imaginación. Le sugirió su argumento Melanía, quien le habia tomado en una antigua coleccion de anécdotas. La pieza habia sido recibida con aclamaciones; los cómicos la habian honrado con un pase favorable; los ensayos habian reunido de nuevo los votos; y en una palabra, todos los anuncios eran halagüeños. Melanía veía ya á su padre coronado públicamente, y miembro de la Academia: su gozo y altivez se daban á conocer en todos sus movimientos y expresiones. Llegó por último aquel gran dia: los amigos de M. de Saint Lambert, ó á lo ménos los que se decían tales, vinieron en tropel desde por la mañana á reclamar boletines de autor, para sostener la nueva pieza, y defenderla contra los tiros

de la cábala, apostada siempre por la envidia para disputar al hombre, cualquiera que sea su mérito, el fruto de sus vigiliás y su mas dulce premio. Melanía, que miraba como seguro el triunfo de su padre, repartió por sí misma los boletines entre los diferentes sugetos oficiosos que se presentaban; y bien distante de convidarlos á defender la pieza, parecia que les decia que solo tendrían que unir sus aplausos á los del público. M. de Saint Lambert, á pesar de todas las apariencias que le lisonjaban, estaba muy léjos de participar de la seguridad de su hija. Sabia por experiencia que este público, con quien se cuenta, es inexorable á veces sobre las faltas que se nos escapan, y que el menor defecto en el teatro puede destruir de repente los primores fundamentales de la composición mas limada.

Habiendo dado las seis, fué Melanía con su padre al Teatro Francés. Sus ricos adornos, la alegría esparcida en toda su pulida cara, su aire y sentado paso, todo anunciaba que se hallaba segura de un buen éxito. Aun cometió la imprudencia de ponerse en la delantera del palco que le estaba destinado, y de hacer lucir todo su júbilo y seguridad á la vista del patio. Corrieron últimamente el telon. La primera jornada, que ofrecía una exposición clara é interesante, reunió todos los votos en su favor. La segunda, aunque ménos copiosa en particularidades y acción, se sostuvo con iguales ventajas. M. de Saint Lambert, que tenía la costumbre de no separarse jamas de los cómicos en semejante caso, se entregaba no obstante su modestia á la mas lisonjera esperanza. Melanía, embelesada con la dicha, se adelantaba cuanto podia sobre la delantera de su aposento, y agitaba con gracia un ramillete primoroso que tenía en la mano. Oían su charla cuantas personas habia á su lado: se nombraba á sí misma en voz alta la hija del autor, se gloriaba de haber sugerido el argumento de la obra maestra que estaba representándose, citaba con arte muchos versos de nuestros mas afamados poetas, y hacia ostentación de ciencia, talento y jactancia. Comenzó la tercera jornada. Aquí habia que superar el mayor escollo; es comunmente el nudo fundamental de una pieza en cinco jornadas; y esta no fué tan afortunada como las dos primeras lo habian anunciado. Cesaron al principio los aplausos, que fueron seguidos del mas profundo silencio; y este se rompió con algun murmullo acompañado del ruido desagradable de los silbidos. Fué mas tumultuosa todavía la cuarta jornada; bajóse el telon á la mitad de la quinta, y la pieza quedó desacreditada en toda forma.

Melanía creía estar soñando. Clamó desde luego que era una ignorancia, una injusticia, y un escándalo; pero obligada á ceder á la desaprobación de infinitos sugetos sábios que la cercaban, se refugió en lo interior de su palco, pálida, silenciosa, y deshojando por distracción el famoso ramillete que se marchitaba al parecer en sus manos. Luego que toda la gente hubo salido del teatro, se incorporó con su padre en el vestuario de los cómicos, y arrojándose en sus brazos, y humedecidos los ojos con amargas lágrimas, exclamó: «¿Vióse jamas tal trama?—He notado una en efecto, y hartó tenaz, respondió Saint Lambert, con calma y resignación; y es la que ha querido defender una mala obra contra un ilustrado público que hace justicia.....» Confundida Melanía, y sin hallar ya medio para defender la pieza despues de tan formal declaración, se retiró con su padre, reflexionando sobre este cruel suceso, y comenzando á persuadirse que con frecuencia la opinion que mas nos halaga, está bien distante de merecer la general aprobación. Sin embargo, el ardor con que Melanía habia abrazado continuamente el estudio, y sus pretensiones de llegar á ser autora algun dia, aumentaron mas y mas su manía de citar, y extirparon su sobrenombre de *pequeña biblioteca viva*.

Otro lance hartó notable, y muy raro por desgracia entre los literatos, vino á dirigir nuevos tiros contra la arrogancia de esta doncella, y probarle que nuestro primer talento está en sabernos apreciar á nosotros mismos. La muerte de un autor célebre dejó vacante una plaza en la Academia Francesa; y un sinnúmero de sábios y literatos se declararon

por pretendientes á ella. Aun aquellos que no eran conocidos mas que por superficiales *Operas*, por algunos ramilletes á Cloris, ó simples coplas, se atrevieron á salir á la palestra. Los veían correr desde por la mañana todas las calles de Paris, rondar las casas de todos los miembros del Instituto de Francia, introducirse en las concurrencias, é ingerirse en las comidas en que podrian verlos. Otros tan presuntuosos, y ménos mirados, dirigían á los académicos cuantos empeños pueden sugerirse por la trama; otros finalmente, engreídos con sus timbres y opulencia, discurrían comprar los votos á puro dinero, ó dominarlos con su autoridad. La república literaria, en una palabra, se veía toda ella en una continua agitación. M. de Saint Lambert, á pesar de los derechos que podia tener á tan ilustre elección, no quiso practicar diligencia ninguna. Estaba bien fresca la mala suerte de su última composición; sabia como hombre instruido que las recientes impresiones del público le impiden con frecuencia resarcir al autor de una caída, por la numeración de sus antiguos aciertos; creyó, pues, que no debía ponerse en la lista de los pretendientes.

[Continuará.]

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA IX.

ANTOLIN EL CERRAJERO.

“Aprende, hijo mio, á no ocultar nada á tu padre. Dile todo lo que sepas; dále cuenta de todas tus acciones. Confíale tus penas y alegrías, y está seguro que encontrarás en él un verdadero amigo, un fiel consejero y un sábio director.”

Aun no habia salido el sol el 26 de Junio de 1837, cuando en una calle de Madrid, de cuyo nombre no puedo acordarme, habia un jovencillo como de 15 años, barriendo la puerta de un taller de cerrajero. Antolin (que así se llamaba) acababa de abrir la tienda de su padre. Puso todas las herramientas en orden, encendió la fragua, tomó su martillo, y se puso á trabajar para concluir una llave que habia empezado la víspera.

Antolin, viendo que su padre pobre y anciano necesitaba quien le ayudase, se acostumbró desde muy niño al trabajo, y su aplicación era el consuelo de este padre, que satisfecho de su hijo, le confiaba la tienda mientras él trabajaba en una posesión de S. M. cerca de Madrid.

Antolin estaba orgulloso de su posición; y dócil, aplicado y cortés, sabia acreditar su tienda. Por su laboriosidad y amor al trabajo era querido y aun admirado de todos los vecinos honrados del barrio.

Su padre, mientras duró la obra de la real posesión, solo venía á su casa por la noche; abrazaba á su hijo, le exhortaba á continuar con su amor al trabajo, le explicaba con paciencia y dulzura lo que el joven ignoraba, le bendecía, y á la mañana siguiente volvía otra vez á su tarea.

El 26 de Junio estaba Antolin solo en la tienda limando la punta de un clavo, cuando entró en ella un hombre decentemente vestido, y dijo:

—¿Está el maestro?

—No, señor; ¿quería vd. algo en que yo pueda servirle?

—¡Tú! no por cierto. Yo volveré cuando esté el maestro.

—Yo soy su hijo, y es igual.

—¡Igual! Bueno es eso. ¿Conque tú sabes tanto como tu maestro? Eres todavía muy niño, y solo sirves, sin duda, para lo que estás haciendo..... sacar punta á los clavos.

Antolin, picado, respondió:

—Habeis de entender, señor mio, que yo sé mi oficio tan bien como cualquier cerrajero de Madrid. La edad no comunica la ciencia, sí la aplicación y el trabajo. Yo soy capaz de hacer una obra con la prontitud y perfección que la haga otro. Cuando

En la multitud de palabras abunda el pecado; el que modera sus labios es prudentísimo.

Proverbios. Cap. x, v. 19.

mi padre y maestro me confía la tienda, bien sabrá lo que hace.

—Pues bien, veamos si vales tanto como presumes. ¿Sabes tú como se hace una llave para una cerradura sin tener la cerradura á la vista?

—¡Toma! Ya se ve que lo sé. Se coge una planchita de cera, se aplica á la cerradura y se queda estampada la figura de la entrada. Despues se hace la llave por el modelo de la cera, y sirve perfectamente para abrir la cerradura.

—Bien, hijo mio, muy bien. Me voy convenciendo de que sabes tu oficio. ¿Y si tuvieras una plancha de cera, y estuviese en ella marcada la figura de una cerradura, te atreverías á hacer la llave?

—Ya lo creo.

El desconocido sacó entónces de su cartera una planchita de cera, y dijo al muchacho:

—¿Cuándo estará hecha?

—Mañana á las doce.

—¿Cuánto me vas á llevar?

—Diez reales.

—¿Y será buena?

—Sin duda.

—¡Ah, ya comprendo! No habia caido en ello. Esperarás que venga tu padre para que la haga. ¿Es verdad?

—No, señor, ya os he dicho que soy muy capaz de hacerla sin que nadie me ayude ni dirija.

—No lo creo. Eres muy joven.

—Pero he trabajado mucho.

—Vamos á hacer un trato. Quiero convencerme de que tu orgullo en el oficio es fundado. Escucha. Me has pedido diez reales por esta llave: pues bien, te ofrezco dos duros en una monedita nueva de oro, si me haces bien la llave; pero con la condicion que no has de decir nada á tu padre ni á nadie para que te ayude, pues eso no tiene gracia. ¿Me lo prometes?

—Os lo prometo. Juro que no diré nada á mi padre, que la haré solo, y quedaréis contento.

—Y tú tendrás tus dos duros en oro. Toma la cera, y adios. Hasta mañana á las doce.

—Á las doce.

El desconocido salió de la tienda, y se alejó no sin reparar si habia escuchado esta conversacion algun curioso.

Ya os podéis figurar si Antolin quedaria contento. Al anoecer cuando cerró la tienda, la llave estaba casi acabada. Antolin pensaba obsequiar á su padre con el fruto de su trabajo; queria comprarle un sombrero y presentarle una botella de vino cuando fuera á comer al dia siguiente, que era el de su cumpleaños.

El padre llegó de su trabajo despues de anocheado; pero Antolin no le dijo nada del desconocido; y

La palabra del justo es una plata pura, y el corazon de los malvados un plomo vil.

Proverbios. Cap. x, v. 20.

despues de su frugal cena, se recogieron para volver á sus faenas al siguiente dia.

El padre marchó al amanecer como de costumbre, dejando á Antolin solo en la tienda, quien tardó poco en concluir la llave.

A las doce en punto apareció el desconocido.

—¡Y bien! dijo: ¿Está?

—Aquí tenéis vuestra llave.

—Y aquí tienes tu moneda de oro. Supongo que no habrás dicho nada á tu padre ni á nadie. ¿Eh?

—A nadie. He cumplido mi palabra.

—¡Buen muchacho! Adios.

Antolin miraba con mucha atencion la moneda de oro; la volvia y revolvía entre sus manos, y sentia un placer inmenso al contemplar el hermoso color del oro. ¡De ese oro, metal tan deseado, causa de tantos males, de tantas desgracias!

Antolin pasó toda la tarde trabajando, y llegada la noche, apénas habia cerrado la tienda oyó en al calle un gran alboroto y las voces de «ladrones, ladrones,» vinieron á resonar en sus oidos.

Como no era cobarde, salió y vió mucha gente reunida á la puerta de una platería. Preguntó, y supo que acababan de robar en ella, abriendo la puerta con una llave falsa.

Los agentes de seguridad pública estaban haciendo indagaciones para saber quién era el ladron, y dónde se habia hecho la llave; pero hasta entónces nada habian descubierto.

Antolin se volvió á su casa bien ajeno de pensar lo que en ella le esperaba.

Un zapatero de viejo de un portal inmediato, habia visto correr al ladron, y dijo: que aquel hombre habia estado en la cerrajería de Antolin la tarde anterior y la mañana de aquel dia.

La policia, con este indicio, registró la tienda, y en su pesquisa encontró la planchita de cera que habia servido de modelo para hacer la llave falsa.

El padre de Antolin, que acababa de llegar, fué preso, acusado de cómplice en el robo, y conducido á la cárcel, á pesar de sus protestas, y de que los vecinos, admirados, testificaban su honradez y buena conducta.

Cuando Antolin llegó á su casa, se enteró de todo, comprendió el engaño de que habia sido víctima, y el terrible castigo que Dios le daba por haber ocultado á su padre lo que habia hecho. Al considerar la maldad que, sin saber ni querer, habia cometido, y las funestas consecuencias de su reserva, comenzó á llorar llamándose mal hijo.

Corrió á casa del juez, confesó francamente todo lo sucedido, pidió de rodillas la libertad de su anciano padre, encerrado en un calabozo entre ladrones y asesinos.

El juez puso en libertad al padre; pero encerró á Antolin en su lugar. El padre de Antolin, débil y viejo, acusado de cómplice de ladrones, y viendo á su hijo preso, cayó enfermo, y tuvo que irse al hospital general. La pérdida de su reputacion era una idea que le atormentaba noche y dia.

Entretanto Antolin seguia preso, y la tienda cerrada.

Sabe Dios cuánto tiempo hubiera estado Antolin en la cárcel, si ese mismo Dios á quien todo lo debemos, y que es el silencioso protector de los inocentes, no hubiera puesto fin al castigo del joven.

Sucedió un dia, que al bajar Antolin al patio de los juzgados, para dar declaracion, vió pasar á través de las verjas de hierro que dan frente á la iglesia de Santa Cruz, un hombre, en quien al instante reconoció al desconocido, causa de todas sus desgracias. Gritó, señalándole como el verdadero ladron, que alcanzado y detenido, fué despues convicto del robo del platero; y viéndose ya en la imposibilidad de atenuar su crimen, pues se le hallaron encima algunas de las alhajas robadas, gonzúas, y otros testigos de su mal oficio, confesó plenamente la inocencia de Antolin, y sufrió la pena que la ley ha impuesto á los ladrones.

Así que el pobre muchacho fué puesto en libertad, corrió al hospital á abrazar á su padre; le pidió perdón, que le concedió con bondad, y Antolin supo darse tal maña para proporcionar á su padre el alivio que necesitaba, que á los pocos dias se hallaban

El hombre sensato no abre la boca sino cuando es preciso; mas el aturdido habla sin venir al caso.

Eclesiastes. Cap. xx, v. 7.

trabajando juntos en la tienda, procurando olvidar los pasados disgustos con su laboriosidad y honradez.

Sin embargo, Antolin tardó mucho en recobrar su anterior alegría; y cuando alguno le preguntaba por qué estaba triste, siempre respondia: «¡He tenido un secreto para mi padre!»

LA MUSICA.

Conocido es el imperio que ejerce sobre nosotros esa hija del cielo. Sus dulcísimos acentos hablan diversos idiomas, expresan mil pensamientos, poseen un lenguaje para cada uno que los escucha. Aunque todos sus cantos llevan impreso un sello particular, sin embargo, no todo el mundo encuentra en la misma melodía el mismo pensamiento. Un mismo acorde tiene poder de conmover fibras distintas en los corazones. Los recuerdos, sobre todo, nada hay que los despierte con mayor fuerza que la música. Nunca escucho las solemnes melodías de Bellini, las tiernas notas de Donizetti, sin que el alma retroceda á contemplar las escenas mas bellas, las épocas mas serenas de mi existencia; nunca, sin recordar los dolores que la han amargado, escucho esas notas penetrantes, impregnadas de dolor intenso, que immortalizan el nombre de Verdi; el llanto desesperante de *Violeta*, los gemidos de *Amelia*, los ahogados suspiros de *Leonora*, nos envuelven en un caos de recuerdos dolorosos; cada uno de sus acentos toca..... hiere, por decirlo así, nuestro corazon en sus mas sensibles fibras.

Y cuando la música ha de servirnos para expresar nuestros sentimientos, ¡oh! entónces, vanamente buscaríamos lenguaje mas dulce y expresivo; ni el idioma del Tasso y el Petrarca seria capaz de plegarse mejor á nuestra voluntad para explicar los sentimientos que nos agitan; porque la inteligencia puede escoger, entre muchos, uno propio para verter sus concepciones; la elocuencia puede elegir el mas adecuado para desplegar sus brillantes galas; pero el corazon, la fuente de nuestros mas puros goces, de nuestra ternura, y, preciso es tambien decirlo, de nuestras penas, ese, solo un idioma tiene digno y capaz de manifestar las mil diversas sensaciones que sin cesar lo conmueven: es la música, hermana gemela de esa flor llena de esencia, que llamamos sentimiento; solo ella nos fué dada como la expresion sublime del alma, como un recuerdo tierno de otro mundo mas hermoso, que fué nuestra patria.

ANGELA LOZANO.

Diciembre 3 de 1873.

Dios reprueba los pensamientos de los malvados, y estima el lenguaje del hombre de bien.

Proverbios. Cap. xv, v. 26.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO I.

Del modo de conducirnos en la calle.

[Concluye.]

LIII

Al ofrecer un caballero el brazo á dos señoras, debe entrar por detras de ellas, y nunca presentarse por delante, de manera que les dé la espalda al colocarse en el centro.

LIV

Cuando un caballero que conduce señoras encuentra un mal piso, hace que las señoras ocupen el lugar mas cómodo y decente, aunque tenga que abandonar la posicion que habia tomado segun las reglas aquí establecidas.

LV

El caballero que conduce señoras debe adaptar su paso al de aquella que marche mas lentamente.

LVI

Cuando un caballero conduce á una señora y á una señorita, ó á una señora de avanzada edad y á otra señora jóven, debe cuidar, al cambiar de acera, hacer que la señorita ó señora jóven cambie tambien de lugar, para que vayan siempre del lado de la calle.

LVII

Cuando se marcha á caballo en compañía de otras personas, los lugares preferentes son generalmente el centro ó la derecha. Si son hombres solos y van dos, el ménos caracterizado ocupa el lado izquierdo del mas caracterizado: si van cuatro, los dos mas caracterizados ocupan el centro; y si van cinco, los dos ménos caracterizados van por detras, pues nunca deben formarse líneas que pasen de cuatro personas.

LVIII

Cuando se acompañan señoras á caballo se observarán las reglas siguientes: 1ª, una señora con un caballero; este marchará del lado del frente de la señora: 2ª, dos señoras con un caballero; este ocupará siempre el centro: 3ª, tres señoras con un caballero irán dos señoras á la derecha del caballero y una á su izquierda: 4ª, dos señoras con dos caballeros; aquellas ocuparán el centro y estos los extremos: 5ª, una señora con tres caballeros; los dos mas caracterizados irán del lado del frente de la señora, y el ménos caracterizado del lado opuesto: 6ª, una señora con cuatro caballeros; los dos mas caracterizados acompañarán á la señora, y los demas irán por detras.

LIX

En todos los casos en que van cuatro personas á caballo, y aun cuando á ello no obliguen las circunstancias del tránsito, pueden marchar divididas en dos secciones de á dos personas, con tal que ninguna de ellas sea de señoras solas.

LX

Cuando las señoras van acompañadas no solo de caballeros de su familia sino de otros de su amistad, estos tendrán siempre la preferencia en todo lo que sea obsequiarlas, ofrecerles el brazo, ayudarlas á montar á caballo y á desmontarse, etc. Respecto de los amigos entre sí, tendrán la preferencia los de menor intimidad, y entre estos, los que sean mas caracterizados por su edad y sus demas circunstancias personales.

LXI

Si encontramos á una persona en una situacion cualquiera que necesite de algun auxilio que poda-

mos prestarle, se lo ofreceremos desde luego, aun cuando no tengamos con ella ninguna especie de relaciones.

LXII

Al pasar por una iglesia cuyas puertas estén abiertas, quitémonos el sombrero en señal de reverencia; y si fuere en momentos en que se anuncie el acto augusto de la elevacion, no nos cubramos hasta que no haya terminado.

LXIII

Tributemos un respeto profundo á todos los actos religiosos que se celebran en la calle; y tengamos siempre muy presente que una persona culta y bien educada no toma jamas parte en los desórdenes que suelen formarse en las procesiones, en los cuales se falta, no solo á los deberes que la religion y la moral nos imponen, sino á la consideracion que se debe á las personas que á ellas asisten con una mira puramente devota.

LXIV

Cuando advirtamos que el Viático está en la misma calle que nosotros atravesamos, aunque sea á mucha distancia, nos quitaremos el sombrero, y no nos cubriremos hasta que la procesion ó nosotros hayamos variado de calle; y siempre que haya de pasar el Viático por junto de nosotros, nos arrodillaremos, doblando ambas rodillas, sea cual fuere el lugar en que nos encontremos.

LXV

Si yendo á caballo viéremos que vamos á encontrarnos con el Viático, tomaremos inmediatamente otra calle; y si no podemos hacerlo, nos desmontaremos, y no volveremos á montar hasta que la procesion haya pasado.

LXVI

Debe aquí advertirse, por conclusion, que la costumbre de andar por la calle con un perro, es enteramente impropia de personas bien educadas.

La almoneda.

(FABULA.)

Hizo almoneda Blas de sus trebejos,
Y vendió sillas, taburetes, mesas,
Fregaderos, artesas,
Y hasta jarros sin asa y platos viejos.

Contentísimo al ver que despachaba
Cuanto el diario al público anunciaba,
Aunque perdiendo (claro está) no poco,
«Cosa es aquesta que me vuelve loco,
A su mujer le dijo,
Pues con todos mis chismes hago trato,
Aun cuando tengan quebradura ó grieta,
Y nadie me ha ofrecido una peseta
Por mi bello y magnífico retrato.»

—«Eso te extraña? su mujer responde:
Pues la razon á mí no se me esconde.
Tu retrato, aunque bello, es cosa fútil,
Excepto para tí que le das precio,
Y el público, á quien tanto llaman necio,
No quiere ya lo bello, si no es útil.»

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El que no puede llenar los deberes de padre, no tiene derecho de serlo.

Ni la pobreza, ni el trabajo, ni los miramientos con los demas, pueden excusarle de educar por sí mismo á sus hijos.

Yo aseguro á todo el que tenga corazon y que descuida estos sagrados deberes, que un dia llorará amargas lágrimas por su falta, y no escapará á sus remordimientos.—ROUSSEAU.

Me parece incontestable que si se conociese la historia de todos aquellos hombres que se han distin-

guido por su rectitud ó su virtud, se encontrarían nueve, entre diez, que debiesen esas buenas cualidades á sus madres.

Se comprende cuán importante es para la vida futura una juventud inocente y sin culpa; cómo todos aquellos, ó al ménos la mayor parte de los que han gozado esta ventaja la han debido á su madre; y que generalmente, la buena fortuna y la virtud de los hombres, está fundada en la inteligencia y virtud femeniles.—ISELIN.

Los padres están en la obligacion de educar á sus hijos, porque la voz de la naturaleza lo requiere así, lo mismo que el objeto de su propia felicidad y sus obligaciones para con la sociedad y hácia la organizacion divina de la raza humana.

Esta educacion es diferente de la instruccion que el niño recibe de otros; pero deben ser preparados para esta última, en el seno de la familia.

No puede por tanto permitirse á los padres que descuiden aquella educacion física, intelectual, moral y religiosa, así como la civil, que solo termina en los años de la discrecion y de la aptitud para alcanzar una posicion independiente.—VON AMMON.

Descuidar la educacion de los niños, no hacer todo lo que sea posible con este santo fin; no procurar para ellos, en cuanto las circunstancias lo permitan, los mejores maestros, no hacerles concurrir con regularidad á su escuela, no instruirles personalmente, tanto como sea posible, no protegerles contra el vicio alentándoles al bien por medio de buenos ejemplos, es peor que abandonarles, es el asesinato de sus almas inmortales.—LUTERO.

No hay mayores beneficios que aquellos que los padres hacen á sus hijos.

Pero, así como el labrador hace improductiva la semilla que sembró, si no la dedica ningun otro cuidado, así, es inútil todo el cuidado paternal por el cuerpo, si se dedica únicamente al período de la niñez, sin conceder á los niños un largo y continuo cuidado despues.—SÉNECA.

El incensario.

(FABULA.)

A un ídolo pagano
Incienso á competencia dando estaban
Tres sacerdotes, incensario en mano;
Y tanto en obsequiarle se esmeraban,
Que la faz con el humo le tiznaban,
Y en negro el pelo le trocaban cano.
En esto quiso de los tales uno
Lucirse cual ninguno
En manejar el péndulo con brío;
Y de manera tal lo hizo el pelmazo,
Que al númen encajó un incensario
De padre y señor mio,
Dejándole sin muelas ni raíces,
Con *item mas*, sin boca y sin narices.—

*Esto decir no quiere, ni por pienso,
Que el que haya de adular no gaste incienso:
Solo indica, lector, que es necesario
Manejar con gran tiento el incensario.*

El oso y la hiena.

(FABULA.)

Viendo á la hiena en su cueva
Comerse un cadáver yerto,
Le dijo el oso: «¿en un muerto
Tu saña impía se ceba?
Rayos el cielo en tí llueva,
Pues así le das motivos:
¿Yo hincar mis dientes nocivos
En cuerpos difuntos? No!»—
La hiena le contestó:
«Pero te los comes vivos.»